

MOMENTOS EXTREMOS DEL CLIMA GALLEGO | HISTORIA

Datos del tiempo para escépticos y exagerados

La desigual percepción de los fenómenos meteorológicos no empaña la contundencia de las mediciones registradas a lo largo del último siglo

MONTSE CARNEIRO

La memoria climática de los pueblos suele bascular del «nunca tal se vio» al «ya no llueve como antes», y los gallegos no iban a ser menos en ese ejercicio de prospección histórico-ambiental al que no deben de sustraerse ni los esquimales. Hay razones para el despiste. La transformación de las formas de vida que ha conocido la generación que hoy sobrepasa los 80 años, desde la luz de carburo hasta la fluorescente compacta; el consecuente agigantamiento de los daños ocasionados por los fenómenos meteorológicos, y la propia diversidad climática de Galicia, que en menos de 3.000 hectáreas acoge tipos atlánticos, mediterráneos, continentales, mesoclimas originados por la topografía y microclimas de escala local, contribuyen al escepticismo tanto como a la exageración en la percepción de la realidad.

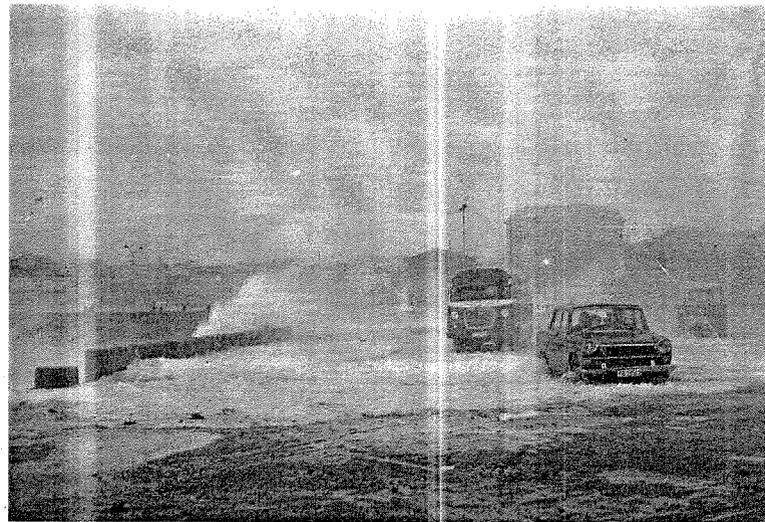
Luego está la falta de datos, y echando leña, los mitos. O estaba. Desde los primeros registros meteorológicos de los que se tiene constancia en Galicia —realizados con muy poco tiempo de diferencia por el médico compostelano Francisco Cónsul Jove, por el taller de construcción de instrumentos de navegación del Arsenal Militar de Ferrol y por la Universidade de Santiago— han transcurrido 220 años, y físicos, astrónomos, navegantes, jardineros, farmacéuticos, religiosos, sociedades económicas y curiosos de toda naturaleza llevaron a cabo observaciones más o menos sistemáticas a fin de medir la intensidad de los fenómenos que se formaban en un territorio sacudido por meteros adversos.

Como ahora. La diferencia es que entonces ni los registros ni el instrumental permitían lecturas globales y ponderadas (la primera estación fue instalada por el profesor Antonio Casares en la terraza del edificio central de la Universidad compostelana en 1849), y hoy Galicia dispone de más de un centenar de observatorios capaces de levantar mapas de datos en tiempo real, fiables y representativos. Esa es la única fuente para recuperar episodios que, vista la complicada maquina-

ria de la memoria, permanecerían ocultos bajo el runrún de los últimos acontecimientos. Además, las relaciones causa-efecto no siempre son simples, y mucho menos en un país urbanizado a la carrera, en el que por muchos riachuelos que se rellenen los vientos siguen soplando a 150 kilómetros por hora, las borrascas descargando chaparrones y los termómetros cayendo por debajo de los cero grados. Si se cumplen las previsiones del Panel Intergubernamental para el Cambio Climático, en las próximas décadas los fenómenos adversos irán en aumento, en frecuencia e intensidad. Estos son algunos antecedentes:

15 DE FEBRERO DE 1941, EL TEMPORAL DEL SIGLO

■ Hay unanimidad en considerarlo el episodio más virulento del siglo. En la madrugada del 16 de febrero de 1941, una borrasca atlántica cruzó Galicia con 950 milibares de presión. Devastó la mitad occidental de la Península y propagó un incendio que arrasó la mitad de Santander, donde las rachas superaron posiblemente los 180 kilómetros por hora. La destrucción de los anemómetros impidió registrarlas, pero el Instituto Nacional de Meteorología midió en A Coruña una de 160 kilómetros por hora, que todavía no se ha superado. El meteorólogo José Miguel Viñas reproduce el testimonio del profesor José Luis



ALBERTO MART

Sobre estas líneas, el paseo marítimo coruñés, en 1965, anegado por el agua del mar tras un temporal



Una página de La Voz que informaba del terrible temporal que azotó el norte de España en 1941

Comellas, entonces un niño de 12 años, testigo del temporal en Cee: «El recuerdo más impresionante fue el de las olas: no solo por su altura, sino por la longitud de la cresta: cada ola barría la anchura entera de la ría de orilla a orilla. Como jamás había visto espectáculo semejante [...], aquello me pareció un hecho de otro mundo y me sobrecogió».

La racha más fuerte registrada en la comunidad fue observada por MeteGalicia en la estación de Punta Candeeira (Cedeira) en septiembre del 2006, al paso del

En febrero de 1983, Lugo sufrió 13,2 grados bajo cero, el dato más rotundo desde que hay registros

ciclón Gordon. Se midieron 184 kilómetros por hora.

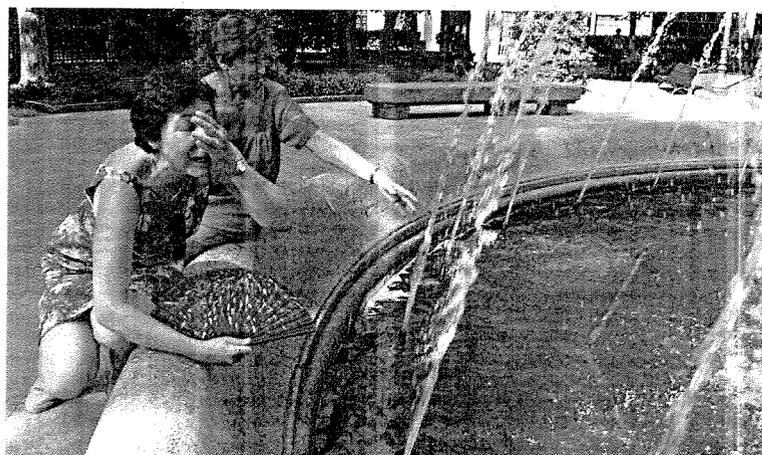
43 GRADOS EN OURENSE, 13 BAJO CERO EN LUGO

■ La madrugada del 17 de febrero de 1983 el termómetro del INM en Lugo marcó 13,2 grados bajo cero, la temperatura más baja de la que hay registros. Es adversa incluso para las montañas orientales, cuyos habitantes recuerdan temporadas de frío y nieve que obligaban a excavar túneles para moverse de una casa a otra, pero también es una medida puntual, ya que habría que remontarse a febrero de 1956 para encontrar un período más frío en términos más amplios: en esa misma ciudad la media de las temperaturas nocturnas no subió de 1 bajo cero y en Ourense fue de -3,3, mientras en Ferrol se obtenía la más baja nunca observada, 3,6 bajo cero.

La antítesis estuvo en lo ocurrido en el verano del 2003, cuando una ola de calor sin precedentes afectó durante varias semanas a toda Europa, causando varios miles de muertos y daños millonarios. La llegada a la Península de una masa de aire africano también dejó en Galicia récords históricos en las estaciones: 37,7 grados en A Coruña, 40,2 en Ferrol y 42,9 en Ourense, la máxima registrada.

INVIERNO DEL 2000-2001, EL DILUVIO

■ Al final, la lluvia, apocalíptica en la temporada invernal 2000-2001, nueve meses de agua incesante que pusieron a prueba la capacidad de los gallegos para mantener en alto una de sus señas de identidad: más de 1.000 litros por metro cuadrado recogidos en los meses de noviembre y diciembre, frente a los 1.100 en los que se sitúa la media anual. Las marcas históricas están todavía en precipitaciones diarias de 218 litros en Santiago, 138 en Pontevedra y 132 en A Coruña; y una mensual de 868 litros en Lavacolla, que es tanto como cae en la comarca ourensana de O Ribeiro en todo un año.



PILI PROL

Das mujeres se refrescan en una fuente en el caluroso verano de Ourense, en el 2003